

## Cuentos de trasgos.

# Ixvitmínlé

Ixvitmínlé era un trasgo pequeño. Entendámonos, los trasgos son todos pequeños comparados con un ser humano de tamaño medio, pero él era especialmente pequeño incluso para el tamaño trasgo habitual. Además de su altura, también era el menor de nueve hermanos, lo que le había convertido en objetivo habitual de collejas, pellizcos, mordiscos y demás muestras de afecto típicas entre los de su raza. Aun así, Ixvitmínlé mostraba un carácter alegre aunque un tanto peculiar. En lugar de gustarle las cosas normales de trasgo, como romper cacharros, explotar cacharros, coger cacharros y estrellarlos contra otros cacharros... Lo que realmente le gustaba era que le contasen historias. Siempre que los adultos volvían de trasguinear, (trasguinear era la actividad laboral principal de la Ciudad Trasgo y englobaba tareas tan diversas como el pillaje, la destrucción, provocar el caos y molestar en general), les suplicaba que le describiesen todo lo que habían hecho con pelos y señales. Los de su especie que, todo sea dicho, no son muy dados a la retórica, se hacían los sordos, disimulaban y, los menos sutiles, le tiraban cualquier cosa que tuviesen a mano para espantarlo.

El padre de Ixvitmínlé siempre se enfadaba y le decía que más le valía ponerse a romper algo si quería ser un trasgo hecho y derecho y que se dejase de tantas preguntas o acabaría pareciendo un historiador. Aclaremos que, entre los trasgos, un historiador no era visto como alguien erudito y de importancia, era más bien... un indeseable. Digamos que la lectura y

la escritura se consideraban artes ocultas dignas de las mentes más depravadas y viciosas. A pesar de todo, Ixvitmínlé no hacía caso. Seguía intentando que le contaran todas las historias y aventuras posibles y después le gustaba disfrazarse como los protagonistas de estas e interpretarlas. Sus padres, muy preocupados, le llevaron a un famoso psicólogo trasgo que intentó las más avanzadas técnicas terapéuticas para hacerle entrar en razón, sanguijuelas de los Lodazales Pútridos, echarle cubos de agua helada por la cabeza, más sanguijuelas, colgarle boca abajo para que le llegase la sangre a la sesera, algunas sanguijuelas más, cosquillas en los pies con plumas de mantícora (que hacen 17 veces más cosquillas que una pluma normal), unas sanguijuelas diferentes que encontraron en un cajón mientras buscaban otra cosa... nada funcionó. Lo único que consiguieron fue que Ixvitmínlé anduviese una temporada mareado debido a la succión masiva de sangre.



Hete aquí que un día, mientras los trasgos trasguineaban por el Laberinto de Corales en la zona costera, Ixvitmínlé correteaba por la ciudad representando la historia de Zazzwif el Orondo, que derrotó a un ogro en un concurso de comer pastel de alimaña, (en realidad ese día sólo quería comer pastel y eligió ese cuento para convencer a su madre de que necesitaba que le hiciese un pastel a modo de atrezo), cuando una misteriosa voz le llegó desde un callejón.



“Psst, psst, el del pastel.” El que hablaba era un viejo trasgo cuyo rostro cubría una enorme y sucia capucha. Ixvitmínlé se sobresaltó puesto que la voz era muy chirriante, algo así como cuando se araña el plato con un tenedor, lo cual le produjo escalofríos. Tras aclararse un poco la garganta, el extraño continuó hablando con una voz aún aguda, pero dentro de los estándares normales de un trasgo. “Me llamo Daäsvreed y pertenezco a la muy muy secreta orden de los Libureros Trasguesianos.” El pequeño trasgo le miró mientras algunos restos de pastel le resbalaban por la barbilla. “¿Olivareros de qué?” “¡¡Libureros, cerebro de gnomo!! ¡¡LI-BU-RE-ROS!! ¿Acaso no sabes lo que es un líburo?” Preguntó exasperado el anciano. “Mire señor, habla usted muy raro y yo tengo otras cosas que hacer.” Contestó el joven trasgo girándose para seguir con sus cosas.

“¡Espera, espera, te puedo contar muchas historias nuevas!- replicó con urgencia el anciano alargando una huesuda mano hacia Ixvitmínlé en actitud suplicante.- Los libros son objetos misteriosos hechos con piel y papel y llenos de símbolos llamados léteras, que cuando se unen cuentan historias.” El joven se paró en seco ante esta nueva información. “¿En serio? A mí me encantan las historias - replicó un emocionado Ixvitmínlé -, siempre intento que me cuenten más y más.” Confiado en haber captado la atención de su oyente, Daäsvreed añadió, “Pues si vienes conmigo podrás conocer más de las que nunca hayas llegado a imaginar con esa cabecita llena de pájaros.” Ixvitmínlé ya caminaba decidido hacia el anciano cuando un pensamiento cruzó su ingenua sesera. “Un momento, un momento, esto no será un truco para raptarme y venderme en los bajos fondos,” replicó el pequeño trasgo sacando pecho orgulloso por su astuta pregunta. El viejo armándose de paciencia mientras ponía los ojos en blanco respondió: “En la Ciudad Trasgo todos los fondos son bajos fondos, además los demás habitantes se hacen los locos cuando estás cerca y te evitan, ¿a quién le iba a interesar comprarte?” Ante este argumento irrefutable, Ixvitmínlé se encogió de hombros y aceptó seguir al extraño viejo de voz chirriante.

Caminaron por travesías estrechas, recorrieron callejones oscuros y culebreamos por angostos huecos en muros. En un momento dado pasaron por mitad de un salón donde una familia de trasgos comía ruidosamente, cosa que dejaron de hacer en cuanto les vieron aparecer a través de un hueco en la pared, tras lo que se quedaron paralizados por la sorpresa. Ixvitmínlé y el anciano saludaron tranquilamente como cuando te cruzas con un conocido por la calle y salieron por otro hueco oculto detrás de uno de los muebles de la casa. Obviamente, en cuanto se fueron, la familia siguió con lo suyo como si nada hubiese pasado. Después de caminar y caminar por los más pintorescos

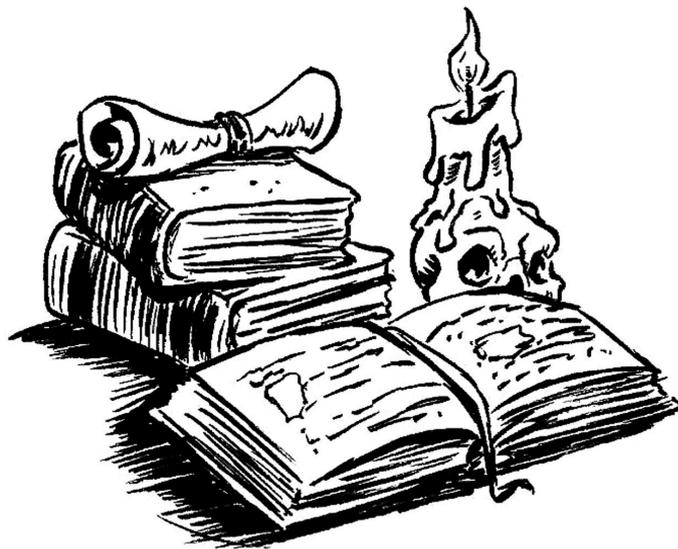
lugares, llegaron a una plaza en la que se alzaba un enorme y antiguo edificio. Curiosamente ninguno mencionó que esta plaza estaba a unos pocos pasos de donde se habían encontrado la primera vez. “Uaah, ¿ahí están todos esos libros de los que habla?” preguntó emocionado Ixvitmínlé alzando la vista ante la enorme edificación. El anciano, alargando el brazo, cogió al pequeño trago por el mentón, le bajó la cabeza, le giró la cara unos treinta grados, ajustó un poco la posición y le dirigió la mirada a una casucha semiderruida situada junto al enorme edificio y, pesoso, pronunció un escueto: “No, es ahí.” Un poco decepcionado el joven trago entró en la ruinoso casa. No había gran cosa, una cocina, un par de sillas, una mesa destartalada, pero lo que le llamó inmediatamente la atención fue una trampilla en el suelo sobre la que colgaba un cartel en el que, escrito en grandes letras rojas, se leía:

## ESTO **NO** ES LA ENTRADA SECRETA A LA ORDEN DE LIBUREROS TRASGUESIANOS

El anciano fue directo a la trampilla y le dijo “Venga es por aquí.” <<Qué inteligente ha sido al colocar ese cartel justo ahí>> pensó Ixvitmínlé admirando la astucia del viejo mientras bajaba detrás del él.

El sótano era inmenso, muchas veces más grande que la casa bajo la que estaba escondido. A lo largo de las paredes había montones de viejas estanterías de madera en las que se apilaban montones y montones de lo que el joven trago supuso que serían los misteriosos libros. La verdad es que no parecían gran cosa, eran de un tamaño manejable, no mordían e incluso se podría decir que eran bonitos. Sin embargo cuando abrió uno comprendió donde radicaba su magia. Estaban llenos

de símbolos extraños que no comprendía, pero también había dibujos. Dibujos que narraban historias. Reconoció algunas como la de Waxzzle el reluciente, al que tomaron por loco cuando comenzó a tener la extraña costumbre de bañarse a diario. O la de Fedora la exploradora, de la que se decía que recorrió durante años el laberinto para dibujar un mapa preciso y luego se descubrió que en realidad había estado escondida en casa de sus padres porque estaba harta de su marido. O la de Ealibn el bravo, que en la batalla del paso angosto, fue el único que no salió huyendo a esconderse ante la embestida del ejército troll, aunque se sospechaba que lo que pasó fue que el resto de tragos ocuparon todos los escondites posibles y él se quedó sin ningún sitio en el que meterse. “Ajá, veo que has caído rápidamente bajo el embrujo de los libros.” La voz del anciano rompió el hechizo e Ixvitmínlé regresó al mundo real.



“Esto es increíble, ¿todos estos libros contienen historias diferentes? ¿Y..., y puedo verlos todos?” “No sólo verlos, si no también leerlos. Durante generaciones la Orden de Libureros Trasguesianos, se ha encargado de custodiar todos los libros que han caído en nuestras manos. Los guardamos, protegemos y leemos para convertirnos en los custodios de la historia del pueblo trago. Como comprenderás no es fácil encontrar a un trago al que le interesen estas cosas, todos piensan únicamen-

te en trasguinear de aquí para allá. Pero tú eres especial. Amas las historias y, si aceptas entrar en la Orden, te enseñaré a leer y, cuando yo no esté, te convertirás en el guardián de todo esto. ¿Qué me dices?” Ixvitmínlé estaba tan emocionado que no podía articular palabra, pero sus deseos quedaban claros pues asentía con la cabeza moviéndola arriba y abajo como un pájaro carpintero.

Desde ese día, Ixvitmínlé y Daäsvreed empezaron pasar cada vez más y más tiempo juntos en el sótano secreto. El joven trasgo aprendió rápidamente a leer y eso le abrió todo un universo de nuevas historias, leyendas y cuentos. Además los libros contenían muchas más cosas como enseñanzas sobre la vida, recetas de cocina, consejos sobre cómo molestar a los trolls de ciento una formas diferentes... El pequeño trasgo no podía revelar lo que

hacía a nadie, puesto que la Orden de Libureros Trasguesianos era secretísima, pero lo que sí que podía hacer era utilizar todos los nuevos conocimientos que iba adquiriendo para ayudar y aconsejar a todos los demás trasgos que lo necesitasen. Al principio al resto de trasgos les parecía tan molesto que Ixvitmínlé les dijese cómo hacer las cosas como cuando les pedía constantemente que le contasen historias. Sin embargo, poco a poco, se dieron cuenta de que los consejos funcionaban, e incluso, de vez en cuando, iban en su busca a pedirle recomendaciones sobre una u otra cuestión. Desde entonces dejaron de llamarle Ixvitmínlé el Pesado, para llamarle Ixvitmínlé el Metomentodo, aunque de manera cariñosa (al menos con el máximo de cariño que puede expresar un trasgo).

Y hasta aquí el cuento de Ixvitmínlé cuya curiosidad y amor por las historias, le llevaron a pertenecer a la Orden Secreta de Libureros Trasguesianos y convertirse en uno de los guardianes secretos de la historia de los trasgos.

Roberto F. Vallbona



**Roberto Fernández Vallbona**  
(Madrid 1981).

Desde pequeño sus dos grandes pasiones han sido dibujar y leer, estudió cómic en la escuela C-10, e ilustración en el centro de artes Línea-1 ambos en Madrid. Graduado en Bellas

Artes por la Universidad Complutense de Madrid. Ha realizado trabajos de ilustrador freelance y colaborado con la editorial “Kutsemba Cartao” y la ONG “Health by Motorbike” ilustrando cuentos para el proyecto “Stories by women of Kenya”.

**Contacto:**

[vallbonarte@gmail.com](mailto:vallbonarte@gmail.com)

<https://www.instagram.com/vallbonart/>